

ANTIGÜEDADES MEXICANAS

Edouard Pingret*

Monsieur Ed. Pingret, que ha pasado algún tiempo en México ejerciendo el arte de la pintura, ha traído del Nuevo Mundo varios objetos de antigüedades mexicanas, de los cuales ha dibujado algunos en la lámina adjunta, cuya explicación se encontrará en las siguientes notas que ha tenido a bien facilitarnos.

Mientras ejercía la pintura en México, dice monsieur Pingret, me fue imposible ver los vestigios de las obras de un pueblo destruido sin tratar de recogerlos, y, aunque privado de todo recurso, aunque tenía que luchar con dificultades sin cuento, logré, sin embargo, reunir unos dos mil cuatrocientos objetos del arte y de la industria azteca de una autenticidad incontestable, en diversas materias, y sobre todo en barro cocido. Así, reunidas a mucha costa, he traído a Francia estas curiosas pruebas de las creencias religiosas y de los usos domésticos de una nación que ha desaparecido y sobre la cual se poseen en Europa pocos documentos materiales. Mi colección, superior en número a las de los museos de Londres y París, me parece digna de llamar la atención de los arqueólogos, entre tanto que puede hallar su puesto correspondiente en un depósito público.

Bien que las antigüedades en materias duras sean en general las más auténticas y las más buscadas, la ciencia no debe excluir de su examen los objetos ejecutados en materias más blandas; algunas de las piezas de mi colección servirán, por el contrario, para demostrar el socorro que puede hallar la arqueología en el estudio de los barros cocidos y de las maderas esculpidas que la componen en su mayor parte.

Tomemos primeramente entre un centenar de figurillas esa tan feamente fantástica, aplastada, con los ojos saltones y la mandíbula armada de dientes agudos (1);** representa la imagen simbólica del dios terrible que presidía a la guerra y a los sacrificios humanos, consagración de la victoria entre los aztecas. Ese barro cocido es la reproducción del original auténtico y colosal en pórfido negro que posee el museo de México: es el gran dios Huitzilopochtli, el Marte mexicano que marcha a la cabeza de la mitología azteca. Esa figura repugnante se encuentra reproducida en bajorrelieve

* s.f. [Pingret, Edouard], «Antigüedades mexicanas», *El Correo de Ultramar*, VIII, núm. 196 (1856), pp. 223-224. II.

https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709423

Aunque aparece sin firma, el texto es obra de Edouard Pingret, como se indica en las primeras líneas del artículo. El original en francés apareció en *L'Illustration*: Pingret, Ed., «Antiquités Mexicaines», *L'Illustration. Journal Universel*, XXVIII, núm. 707 (13 de septiembre de 1856), pp. 175-176.

** Los números insertos en el artículo hacen referencia a los objetos representados en la ilustración que reproducimos al final de artículo.

sobre un cartucho que soporta una serpiente de plumas de piedra negra (2) que hallé en un cementerio donde servía de base a una cruz de piedra.

En un grupo de barro cocido de bastante buena ejecución representando un sacrificio humano (3), esa imagen se ve igualmente sobre un tajo que va a servir para explicar otra antigüedad de jaspe hasta aquí poco observada porque sirve de esquina en el ángulo de la morada de la familia Serventes, una de las más antiguas y nobles de México. Esa esquina sobre la cual está esculpida en proporciones enormes la máscara característica del dios de la guerra (4) no es otra cosa que el tajo fatal, el verdadero altar de los sacrificios humanos entre los aztecas y por consiguiente el monumento más curioso de México, pues, aunque hay otro colocado en otra calle de la ciudad, se encuentra en parte mutilado. Probablemente sobre ese altar los sacerdotes aztecas inmolaron seis mil prisioneros el día del advenimiento de su último emperador Moctezuma, y también pagaron allí la audacia de su conquista muchos compañeros de Cortés.

El descubrimiento en México de un verdadero altar de los sacrificios humanos destruye cuanto se ha publicado sobre lo que llaman la piedra grande de los sacrificios desenterrada en la plaza Mayor por un inglés que se llevó a Londres un modelo de yeso. Esta piedra, que hemos examinado con mucha atención, es de jaspe, color simbólico en el lenguaje de los aztecas. Su diámetro, que es de cuatro metros, y su forma aplastada y circular prueban que nunca pudo servir para los sacrificios humanos; más bien servía de arena donde los campeones combatían a muerte a la vista de la multitud en aquellas luchas singulares tan frecuentes entre las tribus de Anáhuac. El agujero que se ve en el centro y el supuesto canal para que corriera la sangre de las víctimas no son más que mutilaciones modernas que, como ya he citado un ejemplo, servían por medio de ganchos para fijar una cruz de hierro, símbolo del triunfo del cristianismo sobre la barbarie.

Esta doble opinión está basada en las siguientes descripciones que da mister W. Prescott, según los autores españoles, de los sacrificios humanos y de los sacrificios de gladiadores entre los aztecas:

«Para los sacrificios humanos los sacerdotes extendían la víctima sobre la piedra del altar, trozo de jaspe convexo en su parte superior; cinco sacerdotes sostenían la cabeza y los miembros del paciente y otro sacerdote, cubierto con un manto rojo, le abría el pecho con un cuchillo agudo de una materia volcánica tan dura como el guijarro y, metiendo la mano en la herida, sacaba el corazón, le presentaba al sol y le arrojaba palpitante a los pies de la divinidad protectora del templo.

Menos horrible era el sacrificio que llamaban *de los gladiadores*, porque se parecía a los juegos sangrientos de la antigüedad. Un cautivo de distinción recibía armas para combatir sucesivamente contra cierto número de mexicanos; vencedor, recobraba su libertad; vencido, lo arrastraban al altar donde era inmolado según el uso. Este combate tenía lugar sobre una gran piedra circular en presencia de los habitantes de la capital».

Otro documento precioso probará igualmente lo que puede enseñar el estudio de las muestras de barro cocido; es un pequeño modelo (5) del gran Teocalli (*casa de Dios* en México) descrito exactamente por los historiadores españoles, testigos oculares, y que Cortés mandó destruir para echar los cimientos de la catedral de México en aquel mismo sitio y con los materiales del templo. Este barro cocido es la copia autén-

tica del edificio sagrado que atraía a todos los pueblos de Anáhuac; subíase a él por dos escaleras, una para los sacerdotes y otra para las víctimas. En las dos torres cuadradas establecidas sobre la plataforma, las imágenes de los dioses protectores se hallaban colocadas en capillas o nichos derechos; el altar del sacrificio se elevaba al borde del último escalón de la escalera por la cual rodaban los cadáveres de las víctimas en los festines religiosos del pueblo. Los cráneos de los holocaustos del año se conservaban colocados simétricamente sobre la parte de delante de las torres donde los compañeros de Cortés contaron hasta 136.000. Cortés no pudo obtener en un principio sino una de las dos capillas del gran Teocalli de México para celebrar la misa en horas diferentes en que se practicaban las sangrientas ejecuciones.

He aquí una muestra en materia volcánica (6) de una de esas capillas que encierra todavía el dios protector: su boca con un candado es el emblema del silencio, así como la lengua colgando era el emblema de la palabra. Ese personaje sentado (7) que tiene la boca como el otro debe ser un dios protector. Esa otra figura (8) tiene una copa destinada a recibir la sangre del sacrificio humano, y he aquí separadamente (9) esa vasija de barro colorado como la sangre, y el cuchillo sagrado de piedra (10) que servía para abrir las entrañas de las víctimas. El incensario (11) se usaba en las solemnidades en que los sacerdotes daban incienso al emperador.

El fragmento de jaspe (12) forma parte de una argolla que uno de los seis sacerdotes encargados de la ejecución colocaba al cuello del paciente para sostenerle la cabeza; en el museo de México y en una galería particular hay tres de estas argollas muy escasas en México. La piedra funeraria (13) sobrecargada de emblemas de la muerte parece completar con lo que precede la serie de los instrumentos de destrucción que se usaban en los ritos sangrientos de la religión de los antiguos mexicanos.

Muchas figurillas de mi colección ofrecen la representación simbólica de otros dioses de los aztecas. Esa figura de mujer (14) harta de comida, que lleva una mazorca de maíz y una sandía, es la Ceres de los aztecas; esa otra figura tendida (15) con una copa es el dios del pulque, bebida fermentada que se usa todavía en México, es el Baco de los aztecas; en el museo de México está el original de pórfido negro.

Esta estatua de tamaño natural (16) de materia volcánica color de rosa representa un joven sentado en el suelo, lo que significa terremoto. Esa escultura, que sin duda estaba colocada en un templo erigido para apaciguar la ira del espíritu destructor, fue hallada por el señor Hidalgo, uno de los mejores arquitectos de México, en la hacienda que posee sobre las cuestas del Popocatepetl, volcán terrible donde los indios suponían su infierno. Cortés, una vez que carecía de azufre, mandó bajar a uno de sus capitanes al cráter de ese volcán que es hoy una mina de azufre muy productiva.

Inútil es insistir sobre los caracteres de autenticidad que distinguen los objetos que acabamos de describir. Los indios actuales no han podido en efecto imaginar esas formas extrañas que no proceden ni de las antiguas naciones del Oriente, ni de los griegos ni de los romanos y mucho menos de los tiempos modernos. Los mexicanos contemporáneos tampoco han podido inventar esos personajes de una mitología de la que no tienen la idea más remota; ¿con qué objeto los artistas o los alfareros del país habrían fabricado esas urnas extrañas, esas lámparas, esas pipas, esas vasijas de mil formas al uso de la vida privada que nadie compra porque son inútiles? ¿No es más

natural pensar que todos esos objetos son de una época muy antigua como lo prueba incontestablemente su carácter? He aquí la diosa que presidía a la maternidad, esa otra a la juventud, esta a la vejez y a la muerte. Aquí se ven caciques, guerreros armados y hasta seres humanos pero monstruosos que, como los enanos y los locos de la Edad Media, tenían el privilegio de divertir al soberano. Tampoco es posible ver imitaciones en esas piedras cortadas para usos desconocidos, en esos manuscritos sobre piel o sobre papiro y en esas maderas esculpidas o petrificadas que se encontraron en el fondo del antiguo lago de México, vasto depósito de antigüedades y quizá de riquezas ocultas.



Fig. 8. *Antigüedades mexicanas*, p. 224.***

*** La litografía, obra de Pingret, reproduce la que apareció en *L'Illustration*, p. 176. Véase la primera nota a este artículo.